



EL PERICO CHAMBERPOT

Perico es esa taza grande con un asa para agarrar, que servía como ayuda a quien duerme para que no tuviera que saltar de la cama

cuando tuviera ganas de mear e ir corriendo a la ventana de la habitación o a la cuadra para hacerlo.

-Esposa, en invierno, es una bendición el perico; le decía mi padre a mi madre; pero, para mi madre era dificultoso, y prefería marchar a la cuadra, donde lo hacía mejor. Además de que se sentía feliz entre patos y gallinas que iban a picotearle la mierda, si cagaba.

Y es que, para mi padre, era una maravilla, pues él seguía tumbado; sacaba la chorra y la metía en el perico, como quien mete una porra en el café o té, y ¡a orinar se ha dicho! ¡Que comodidad!

El sonido del pis de mi padre en el Perico u orinal era de: pio, pio; el de mi madre, cuando lo hacía, que eran pocas veces, era de: clo, clo, clo.

Yo, y mis hermanas, no podíamos usarle e íbamos a la cuadra que, para mí, era un Delfinado, pues orinaba con mi pilila de señorío como un príncipe o duque sobando mi pilila con ambas manos. Mis hermanas no podían hacer lo mismo, `pues sus Chichis eran como Obleas de Holanda y, entre sus dos dedos índice y medio apretando los labios, orinaban sus pises sonando: chirriiiiiii.

Los Chichis que más me gustaban eran los de Carolina y Virginia, pues, al apretarles ellas tanto, el pis salía como si de una pilila fuera, intentando ellas llegar tan lejos como donde yo lo hacía. A veces, saltando la tapia de la cuadra.

El más caudaloso era el de Virginia y, a mí, me gustaba mucho Virginia, pues era la única que siempre me decía:

-Hermano tienes una pilila muy gorda y muy bonita, y tu capullo naranja ¡qué guay! ¡Me encanta!

Mi padre se llamaba Pericles y mi Madre Colombia.

Mi padre, a veces, en la noche, llamaba a mi madre, y le decía así:

-Papagayo de América, alcánzame el Perico, que me meo.

Ella, a la luz de una vela, veía cómo su verga se armaba dentro del Perico, soñándola dentro de ella.

A mi padre, este capricho le hacía cada día más perezoso, y, a veces, mi madre, en los juegos de su Amor, le llamaba a mi padre “Pericón” o “Caballo de Bastos”.

Un día, mi padre quiso agasajar a mi madre por el Ano, diciéndole que la quería adornar el Ojete con una joya fina, y mi madre, mujer de mucha viveza, le dio tal hostión curvilíneo que mi padre tuvo que quedarse con la picha erecta en ese punto en que un planeta se halla próximo a la Tierra, o perigeo; quedándose mi padre contrariado y haciendo girar la pirindola con los dedos, hasta que eyaculó contra la pared del dormitorio.

Mi padre, a veces, muchas, sufría de Timpanitis, abultamiento del vientre, que por acumulación de gases se pone terso como la piel de un tambor; y, después de haber dejado manchas amarillentas sobre la pared, comenzó a pedorrear como un descosido.

Fue tan fuerte el carácter de su sonido, que las gallinas y los patos de la cuadra se espantaron. También, hizo despertar a mis hermanas, ellas saltando de la cama y gritando: -¿Qué ha pasado?

A mí me pareció que estábamos en Timbrea, lugar de Frigia donde riñeron batallas Ciro, rey de Persia y Cresos, rey de Lidia; batalla perdida por Cresos, como mi padre, ahora, que tuvo que marchar corriendo a la cuadra porque se cagaba pata abajo.

Mi madre, abrazándonos y riendo, nos dijo:

-Hijos míos, no temáis. Después de la tormenta, llega el aguacero y la calma. Vuestro padre, después de pedorrear, se ha ido a cagar. Ja, Ja, Ja.

-Daniel de Culla